

## ENTRE LEYENDA, POLÍTICA E HISTORIOGRAFÍA: EL DEBATE SOBRE FELIPE II EN ESPAÑA EN 1867

*Roberto López Vela*  
(Universidad de Cantabria)

**S**umergidos en pleno 98, año por excelencia de conmemoraciones, el centenario de la muerte del Rey Prudente ha conseguido la difícil hazaña de lograr el lugar de honor. Cuesta trabajo pensar que en el siglo XIX fuese un rey todavía más conocido y sobre el que se debatiese con bastante más intensidad que en el siglo XX, incluyendo este mágico año, y sin embargo ésta es la realidad. Es cierto, no obstante, que durante el ochocientos la imagen de Felipe II no fue contemplada entre tantos fastos y conmemoraciones. Y es que no se trataba, como ahora, de congresos y exposiciones académicas y institucionales, sino de un intenso debate en el que Felipe II era un personaje con un fundamental contenido humano y programático. Muchas cosas han cambiado: se han estudiado buena parte de los aspectos de la personalidad del rey más debatidos durante el ochocientos, se han desarrollado nuevas perspectivas historiográficas de muy diverso signo que han producido considerables aportaciones, etc. Hoy sabemos bastante más sobre Felipe II que en la segunda mitad del ochocientos, pero deteniéndose en los libros sobre Felipe II que más éxito han alcanzado en este año 98, se puede constatar la permanencia de un acercamiento biográfico bastante similar en cuanto a los problemas de su perfil humano y político.

Es cierto que repasando las ponencias y comunicaciones de cualquiera de los muchos congresos que se han celebrado en este año, se percibe sin trabajo que la mejor investigación de los profesionales de la historia camina por otros derroteros. Pero esa es la labor callada de archivo o biblioteca que muy raramente da lugar a un éxito de ventas. Con esta ponencia se trata de analizar como surgió el gran debate que sobre Felipe II comenzó en 1868 y se prolongó durante el último tercio del siglo pasado y su relación con el publicismo y la historiografía. En buena medida, parte de las grandes declaraciones que se han realizado sobre Felipe II en este año, responden a preocupaciones que se elaboraron en el ochocientos y que impregnan la actual visión cultural de este rey.

El análisis de la producción sobre este rey, se hará partiendo de la clave nacional en que fue escrita y esto constituye una importante limitación que es imprescindible adver-

tir de entrada. La figura del Rey Prudente no sólo fue una bandera política en España, también lo fue en Europa. Y es que en el mundo occidental, especialmente en Europa, la austera y negra figura de Felipe II se erigió en la expresión asfixiante del antiliberalismo, el predominio de la intolerancia religiosa y la opresión nacional. Exactamente igual que en España, Felipe II fue una bandera política, pero su significado y utilización varió mucho en función de las coyunturas y de las distintas realidades nacionales desde las que se le “juzgaba”. Se mire por donde se mire, el debate sobre Felipe II en el siglo XIX tiene unos inequívocos rasgos presentistas que ligan la polémica en torno a él, a distintas realidades políticas llenas de características propias, que hacen muy difícil intentar llevar a cabo un análisis de conjunto.

Al analizar la polémica que Cayetano Manrique<sup>(1)</sup> inició con Manuel Cañete<sup>(2)</sup>, miembro de la Real Academia, se está planteando el comienzo de un importante debate público sobre Felipe II en el que ya tiene importante presencia la Inquisición. Ni mucho menos es el primero que se plantea estas cuestiones, pero sí tendrá mayor repercusión que en otras coyunturas. Este es un debate a través de periódicos, revistas y libros, que se prolongará desde este momento hasta la consolidación de la Restauración. Un intenso debate desarrollado entre la publicación académica de amplia repercusión propagandística y los artículos de prensa posteriormente convertidos en opúsculo. Un dato interesante que permite entender la actualidad y la repercusión de la polémica, de la que hablará Cánovas del Castillo en su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, publicado en 1869<sup>(3)</sup>. Efectivamente, son los años en los que está cogiendo toda su fuerza la polémica a través de las tertulias, la tribuna, la prensa, los folletos etc, en torno a la esencia de la nación proyectada en sus hitos más significativos<sup>(4)</sup>. Nunca como en los últimos años del reinado de Isabel II, el sexenio revolucionario y los primeros años de la Restauración, se discutió de la historia de la nación y su naturaleza religiosa, con toda la pleyade de temas a través de cuales se ponía de manifiesto esta relación. Casi todo eran aspectos ligados habitualmente al período moderno<sup>(5)</sup>. Más que el estudio de la producción historiográfica sobre Felipe II, se trata de ver cual fue el debate que se desarrolló desde medios de amplia repercusión intelectual o social y como recogieron las aportaciones historiográficas.

## A. PUBLICISMO E HISTORIOGRAFÍA Y EL DEBATE SOBRE FELIPE II EN LA ÉPOCA DE ISABEL II

La producción sobre Felipe II en el ochocientos es ingente<sup>(6)</sup>. Evidentemente, no todos las obras históricas que se publicaron sobre Felipe II se pueden calificar de historiográficas, pero sería un error olvidar todo aquello que no merece este calificativo. En realidad, las obras de mayor repercusión y audiencia sobre este rey o sobre cualquiera de los temas históricos más debatidos en la época difícilmente merecerían aquella caracterización. Sin embargo, su estudio resulta de gran importancia para entender el tratamiento historiográfico que se dará en España de Felipe II y su reinado desde finales del siglo XIX, hasta principios de los años treinta del siglo XX. Los publicistas van a presentar y difundir de una forma descarnada, determinadas preocupaciones bastante compartidas por la historiografía y que ésta intentará encauzar o resolver con una metodología cada vez más depurada.

Sobre Felipe II se escribió en todos los géneros y en la mayoría de los idiomas de Occidente a lo largo del ochocientos. Sólo así se podrá comprender adecuadamente la permanencia de una conciencia de larga duración sobre un conjunto de problemas que se proyectaron y se proyectan en el Rey Prudente. Siguiendo la evolución de esta producción se puede seguir los distintos caminos en el tratamiento de su figura entre la literatura, el publicismo y la historiografía. Caminos que se entrecruzan y se separan en determinados momentos para volver a juntarse en otros períodos de gran politización o de conmemoraciones, como es este año. Es la grandeza y la miseria de las figuras históricas que se han convertido en banderas o emblemas de alto significado político en las que la conciencia colectiva contemporánea identifica valores humanos y políticos fundamentales imbricados en sus señas de identidad, ya sea en sentido positivo o negativo.

Sería imposible intentar sintetizar la gran producción historiográfica o de publicismo que sobre Felipe II se realizó en el siglo XIX. Su abultada cantidad, su dispersión, la variedad de aspectos que se trataron en torno a él, la muy diversa calidad intelectual de los trabajos que se publicaron etc, harían difícil un intento de clasificación. Y esto dejando al margen el grueso de las publicaciones en torno a este rey que, sin duda, se dio a través de la novela histórica o el teatro que, sin embargo, son fundamentales para entender la creación de una imagen de Felipe II. Una literatura que habitualmente propagó la imagen más macabra del rey, siguiendo en no pocas ocasiones los pasos del D. Carlos de Schiller. La literatura fue el principal vehículo de difusión de la leyenda antifilipina y no se cansó de repetir los aspectos más morbosos que los historiadores iban descalificando historiográficamente. A medida que la historia dejó de ser una rama más de la literatura para convertirse en “ciencia histórica”, los derroteros de los historiadores y escritores de ficción fueron cada vez más distintos y contrapuestos. En pocos terrenos se notará tan intensamente esta diversidad de caminos como en el tratamiento de la imagen de Felipe II. Mientras los escritores de ficción continuaban aferrados a la leyenda, los historiadores con más preocupaciones metodológicas, progresivamente destruían uno a uno los fundamentos de esta leyenda. Entre los años cincuenta y sesenta del siglo XIX ya se percibe esta ruptura, que poco a poco se irá haciendo más profunda. En este sentido, fue definitiva publicación de *Don Charles et Philippe II*, por L.P. Gachard en 1863<sup>(9)</sup>, que había sido precedido un año antes por otro libro de C.L.E. Mōuy con el mismo título<sup>(10)</sup>. Un libro notable, este último, que fue oscurecido por la impecable obra de Gachard. A partir de este momento uno de los argumentos favoritos de la literatura sobre el monarca, directamente recogido de la leyenda antifilipina, quedaba convertido en historiografía. Y las conclusiones de Mōuy y Gachard tenían muy poco que ver con el drama de Schiller. En cambio, las relaciones entre publicismo e historiografía fueron más complejas y su ruptura bastante posterior.

El publicismo y la historiografía son dos géneros mucho más cercanos y relacionados de lo que se sospecha en el tratamiento de la figura de este rey. De hecho va a darse una constante intercomunicación entre ambos de citas y alusiones en estos años. Los problemas que se plantean e, incluso, sus esfuerzos para aclararlos son, teóricamente, muy similares. Fijándose en las notas a pie de página de los libros publicados en este período, independientemente del género del que se trate, se comprueba la utilización de

un conjunto básico de autores bastante semejante. De la misma forma, en todos los casos hay mucho cuidado en advertir al lector de las visitas del autor al Archivo de Simancas u otros archivos en los que se ha buscado la documentación adecuada para extraer los rasgos de cual fue la personalidad del rey y cuales sus decisiones. Todos los autores manifiestan un gran respeto por la investigación histórica, entienden que el recurso al archivo es una pieza imprescindible para establecer con rigor “la verdad” y pretenden moverse dentro de la nueva “ciencia” que está creciendo en torno a la historia<sup>(7)</sup>. Pero detrás de esta aparente coincidencia se encierran no sólo visiones muy distintas de Felipe II y la historia nacional, sino también de lo que es la historia y su metodología de investigación.

Es cierto que progresivamente se va diferenciando la metodología histórica del panfletismo o la erudición durante este período fundamental para el despegue de la historiografía<sup>(8)</sup>. No obstante, en argumentos tan politizados y tan esenciales para lo que se entiende como identidad histórica de la nación, como es el caso de Felipe II o la misma Inquisición, este proceso será bastante más lento. Habrá diferencias en el tratamiento de los problemas entre los distintos géneros y muy especialmente en la audiencia que alcanzarán. Así los historiadores españoles con un cierto rigor en el tratamiento metodológico de las cuestiones tendrán un reconocimiento que, aunque escaso, llega hasta ahora. Los publicistas, en cambio, gozarán de un importante grado de reconocimiento coyuntural, sin embargo, su eco desaparecerá muy pocos años después.

## **B. EL DEBATE SOBRE LOS REYES CATÓLICOS Y LOS AUSTRIAS EN EL REINADO DE ISABEL II**

Al calor de la crítica al absolutismo de Isabel II y la crispada coyuntura política, se inicia un intenso debate periodístico sobre Felipe II. No es propiamente hablando una polémica historiográfica sino más bien publicística, pero a estas alturas del siglo las cosas no estaban tan claras. Desde 1868 y durante los años setenta y parte de los ochenta se intensificará el debate social sobre la historia nacional. Son los años del siglo en que con más intensidad se utilizó en el debate político a Felipe II, la Inquisición<sup>(11)</sup> o la Ciencia española<sup>(12)</sup>, de la mano de Orti y Lara, Menéndez Pelayo, Azcarate, Valera, Núñez de Arce etc. Son todos ellos temas muy relacionados, que tendrán un tratamiento y una evolución muy diferente. No obstante, a pesar de la importancia del debate sobre Felipe II, apenas hay trabajos historiográficos que se hayan preocupado de analizar tan ingente producción y los pocos que hay suelen versar sobre algún autor concreto<sup>(13)</sup>.

Aunque los autores que participarán en él debate de 1867 no serán tan conocidos o de tanta talla intelectual como los que polemizarán en 1876, sus planteamientos tienen una notable importancia. A través de ellos se expresan de forma bastante natural los problemas históricos que desde los años cuarenta del siglo estaban convirtiéndose cada vez con mayor eco en auténticas cuestiones de la actualidad política. En las décadas anteriores se había producido un gran desarrollo de la historiografía a través de la cual se habían definido los grandes rasgos de la historia nacional. En este sentido fue fundamental la publicación de la historia de España de Modesto Lafuente, a la que habría

que sumar algunas otras historias de España<sup>(14)</sup> y algunas monografías como la de Bermúdez de Castro<sup>(15)</sup> o la del Marqués de Pidal<sup>(16)</sup>. También fue muy citada por estos años entre los autores españoles la traducción del libro de Mignet, *Antonio Pérez y Felipe II*<sup>(17)</sup>. El acerbo historiográfico a finales de la década de 1860 era muy superior al del período anterior al acceso de Isabel II. Desde estos conocimientos, junto con una creciente preocupación por la metodología de la historia, se iniciará el debate a gran escala sobre Felipe II.

Para bien o para mal, el grueso de los historiadores de Isabel II solían entender la historia de España de forma muy determinada por el carácter católico de los españoles. Para ellos, al menos desde la Reconquista, se había ido forjando una estrecha relación entre la religión, los reyes y los españoles en medio de una situación de guerra casi permanente. Catolicismo, Monarquía y guerra constituía una ecuación que inspiraba las interpretaciones y reacciones más encontradas entre los distintos historiadores, pero que ninguno ignoraba. España se había forjado en permanente conflicto, siendo la valentía y el espíritu guerrero una de las características unánimemente reconocidas de sus habitantes. Se entendía que la austeridad, la dignidad y el arrojo eran el principal patrimonio de los españoles acumulado a través de la historia. En la lucha contra los invasores musulmanes, se había forjado la esencia y la idiosincrasia de los españoles y una vez conseguida la unidad nacional con los Reyes Católicos, España había emprendido una cruzada en defensa del catolicismo, la lucha contra la herejía luterana y por la hegemonía en Europa contra Francia y otras potencias. Estos conflictos habían consumido lo mejor de las energías de España y de los tesoros americanos.

Siendo Felipe II la encarnación del pasado nacional, la interpretación del rey se encontraba indisolublemente ligada a la comprensión de la esencia nacional frente a otras naciones. Siendo Felipe II la encarnación de la España católica y del absolutismo, los autores más vinculados a la Iglesia y al tradicionalismo durante el reinado de Isabel II, tendieron a una cerrada defensa del rey dentro de la concepción de un príncipe cristiano, ajeno a la razón de Estado. Para la inmensa mayoría de los autores no integristas, en cambio, se solía entender al absolutismo regio en términos de ejercicio del poder por encima de la ley, como un poder arbitrario cuyo control y freno estaba en la personalidad del rey, asesorado, si dejaba, por sus más inmediatos consejeros. Así entendían el poder de la Monarquía en el Antiguo Régimen y dentro de este marco analizaban la actuación de cada uno de los reyes. Por ello, la personalidad de los reyes alcanzaba la mayor importancia. Estudiarla, definir sus rasgos, sus virtudes y sus deformidades, se convertía en un asunto de la mayor importancia para el estudio de un período. En el análisis del absolutismo de Felipe II, se marcarán con nitidez las posiciones de las distintas corrientes liberales y sus diferencias con las corrientes integristas.

#### ***a. Elaboración y debate sobre la historia nacional: los Reyes Católicos.***

A finales del reinado de Isabel II, ya inmersos en un proceso de progresiva radicalización, los programas políticos y su consiguiente interpretación de la historia nacional, se expresaban en encrespados choques intelectuales en los que las referencias a la historia prolongaban los debates de la actualidad. Había hitos de la historia nacional

compartidos, entre importantes matices, para el grueso de los historiadores, como eran los Reyes Católicos, la Guerra Independencia etc. Junto a ellos, se daban otros cuya interpretación resultaba más conflictiva. Durante estos años Felipe II y la Inquisición fueron las auténticas estrellas del debate. Todos estos argumentos hacían referencia, no obstante, a un mismo problema: el catolicismo en la historia de España entremeclada con la personalidad de sus reyes. Ninguno de los reyes hispanos recibió tanta atención como Felipe II durante estos años, ni tan siquiera los Reyes Católicos, sobre los que había un notable consenso y a los que la mayoría de los historiadores atribuían la unidad nacional en todos los terrenos<sup>(24)</sup>. El contraste entre ambos reinados y la personalidad de sus reyes constituyó un eje central del pensamiento histórico de estos años e, incluso, del desarrollo historiográfico.

Tal y como explicaba Cayetano Manrique en 1867, se está produciendo un importante debate dinástico en el que “hace tiempo que se observa el enigma de ver a ciertas gentes ensalzando a los malos reyes de la dinastía austriaca, a costa de los mejores de la dinastía Borbón”<sup>(18)</sup>. Toda una polémica dinástica que se prolongará durante el último tercio del siglo, que toma como bandera distintos reinados, como es el caso de Felipe II, o instituciones concretas, caso de la Inquisición, a través de cuya crítica o defensa se reproducen los programas políticos de los distintos autores. Para todas las corrientes intelectuales, políticas o historiográficas, Felipe II era el rey central de los Austrias, en realidad el rey fundamental en cualquier valoración sobre el esplendor y la decadencia nacional.

Los sectores tradicionalistas o integristas, inspirados en el pensamiento de J. Balmes o bien en el de Donoso Cortés, con significativas diferencias entre ellos, están tomando progresivamente la iniciativa<sup>(19)</sup>. Para ellos, la opción por los Habsburgo como centro de referencia de la historia española, en donde se forjó y triunfó en toda su plenitud la esencia de la nación, suponía una clara opción política. En su defensa de los Reyes Católicos, cuya herencia continuaron los Austrias, estaban apoyando de forma más o menos abierta a la Inquisición española en cuanto esencia de la catolicidad y el papel de la nación “cristiana” como dominadora del mundo<sup>(20)</sup>. Con esta opción no sólo estaban expresando un pensamiento histórico, paralelamente estaban concretando una opción política en su presente, ligada al apoyo del ultramontanismo papal de Pío IX en la cuestión romana y a Isabel II, aunque cada vez se irán profundizando más las diferencias con la reina<sup>(21)</sup>.

Esta opción política e histórica, se enfrentaba a la de los liberal conservadores, como Modesto Lafuente<sup>(22)</sup> o Amador de los Ríos<sup>(23)</sup>, autores de gran influencia durante estos años. Ambos entendían que después de la gran obra de los Reyes Católicos, la gloriosa trayectoria nacional se había visto truncada con la llegada de un rey extranjero, Carlos V. Éste había iniciado una dinastía que sumergió a España en unos conflictos europeos ajenos a la trayectoria histórica de los reinos peninsulares. Fueron estos unos conflictos en los que se dilapidó la riqueza del país, mientras los reyes potenciaban el fanatismo y la Inquisición para aplastar el pensamiento crítico y controlar a la nación. La llegada de los Borbones, permitió aflojar la asfixia y que comenzase a potenciarse el comercio y la industria. No obstante, un siglo resultaba un tiempo escaso para lograr salir de la sima de decadencia en que había caído España. La Guerra de la Indepen-

dencia y sucesivos acontecimientos contribuyeron a romper esta dinámica positiva, de forma que la situación de postración con que ellos veían su presente, tenía sus antecedentes claros en el gobierno de la Casa de Austria.

Los Reyes Católicos eran el paradigma de monarcas que habían comprendido las necesidades del desarrollo nacional. Atribuyéndoles una claridad de ideas, una impresionante capacidad de previsión del futuro y unas cualidades humanas excepcionales: habían logrado unificar sus reinos e imponer su autoridad frente a una discolta nobleza y a los magnates eclesiásticos<sup>(25)</sup>. Todos estaban de acuerdo en su preclara clarividencia al unir territorialmente los reinos de Castilla y Aragón que a partir de ese momento habían formado España, una unidad indisoluble, no exenta a veces de problemas. Sin embargo, donde la unanimidad se quebraba era al interpretar la unidad religiosa. La Inquisición, la expulsión de los judíos y la conversión forzosa de los mudejares, constituían aspectos que en sí mismos eran manifestaciones de un espíritu intolerante, cuyo rechazo era consustancial para cualquier liberal y cuya justificación, en cambio, encerraba no pocos problemas y contradicciones. Efectivamente, las corrientes antiabsolutistas de principios del ochocientos, como J.A. Llorente<sup>(26)</sup> o Puigblanch<sup>(27)</sup>, no habían tenido dudas a la hora de rechazar y condenar sin paliativos lo hecho por los Reyes Católicos en este punto. Sin embargo, esta condena se había mitigado la interpretación histórica de los liberales a partir de 1834. Acorde con la necesidad de justificar a la emergente nación española, retrataron hacia el pasado esta realidad nacional y estatal, señalando a los Reyes Católicos como los grandes forjadores de esta nación. Sólo los más radicales continuaron con la tradición de Llorente o Puigblanch.

Entre los historiadores liberales moderados progresivamente se fue abriendo camino una interpretación de la razón de Estado en un sentido maquiaveliano. Haciendo cosa omiso de las tradicionales virtudes del príncipe cristiano y de la subordinación de éste a la primacía de la religión propia de la tradición escolástica, tan arraigada en la Monarquía Católica del Antiguo Régimen, defendían al príncipe definido como "político". Amador de los Ríos, cuya estela seguirán buena parte de los historiadores liberales moderados, incluyendo a Modesto Lafuente, fue uno de los grandes muñidores de esta singular razón de Estado en la formación de la unidad nacional con los Reyes Católicos<sup>(28)</sup>. Siguiendo una larga tradición entendía que la expulsión de los judíos y la conversión forzosa de los mudejares en moriscos había sido una necesidad para concluir la unidad territorial y religiosa. Aunque esto repugnase de entrada la conciencia liberal, aparecía como un imperativo inevitable de la razón de Estado para la construcción nacional y, como tal, era aceptado.

En este marco explicativo también situaban la fundación de la Inquisición, aunque aquí los problemas se hacían más difíciles de resolver. ¿Cómo defender el establecimiento de una institución a la que se responsabilizaba de gran parte de los problemas nacionales?. Una contradicción importante. Amador de los Ríos o Modesto Lafuente entenderán que la Inquisición fue fundada por los Reyes Católicos para fortalecer su todavía débil autoridad en los reinos, conseguir meter en cintura a los discolos y, de paso, cortar en seco las posibilidades de herejía que flotaban en el aire. No daban gran importancia a la presencia de judeconversos, ni tampoco a su tendencia a judaizar. Más bien hablaban de las herejías que se habían producido en Europa central desde fines del

siglo XIV y a la que poco después iniciará Lutero. De este modo, la Inquisición aparecía como una institución útil para la unidad territorial y religiosa de la nación recién formada, dentro de un clarividente programa de consolidación nacional. Habían previsto los problemas que iban a darse<sup>(29)</sup>. Una lucidez muy propia de los reyes héroes que la historiografía académica hispana, tan poco dada a veleidades republicanas, puso tanto empeño en recrear a lo largo del siglo XIX. El problema surgió cuando el Santo Oficio degeneró y reyes tiránicos, como Felipe II, lo utilizaron para incrementar su poder a costa de la libertad de las personas y los reinos.

### ***b. Fuentes e investigación sobre Felipe II***

Las posturas más radicales en un sentido u otro, correspondían normalmente a autores cercanos al publicismo que utilizaban sin más contraste las obras de la leyenda anti-filipina o bien las crónicas y las apologías escritas durante el reinado de Felipe II. Por supuesto, el trabajo de archivo en estos casos apenas existía. Se recogían crónicas e historias contemporáneas del reinado de Felipe II, cartas verdaderas o apócrifas y se las aderezaba con arreglo al gusto del autor. A través del CODOIN<sup>(30)</sup>, o de las obras de Gachard, Pidal etc, que en muchas ocasiones contenía importantes apéndices documentales o de la edición directa de fuentes<sup>(31)</sup>, se habían publicado desde los años cuarenta del siglo una importante cantidad de documentación, crónicas etc. No obstante, el publicismo utilizaba muy poco este tipo de fuentes. Esto quedará para los historiadores y constituirá uno de los rasgos que les diferencia de los publicistas, aunque a medida que avance el siglo los publicistas aprenderán también a moverse y manipular con mayor soltura el conjunto de fuentes publicadas. En cualquier caso, es evidente que el número de fuentes publicadas y la obra de los trabajos de historiadores solventes en España y Europa a lo largo del reinado de Isabel II, habían dado un vuelco importante en el conocimiento de la personalidad de Felipe II y la historia de su reinado. A finales de los años sesenta cualquier autor que se interesase por el período o por el rey, tenía a su disposición un acervo de fuentes y análisis historiográficos inimaginables treinta años antes. Estos son los años decisivos en la elaboración historiográfica sobre Felipe II durante el siglo XIX. Cuando comience la revolución del 1868<sup>(32)</sup> y se abra una crisis política que se prolongará hasta la consolidación de la Restauración, el debate sobre Felipe II adquirirá unas dimensiones políticas desconocidas en el período previo, utilizando de muy diversa forma este patrimonio.

Las obras de Gachard o Möuy eran bien conocidas de los historiadores y aficionados a la historia, pero junto a ellos figuraban por pleno derecho otros autores españoles. Los historiadores de la Real Academia de la Historia escribieron mucho sobre Felipe II, sin embargo, no fueron los grandes protagonistas del debate periodístico sobre este rey. Tanto el Marqués de Pidal, como Cánovas del Castillo, etc., escribieron profusamente sobre Felipe II, estudiaron aspectos monográficos de su reinado, utilizando un volumen de documentación y fuentes impresas nada despreciable. Ellos son la encarnación, cada cual desde su propia perspectiva, de esta nueva forma de entender la historia que pretende reconstruir el pasado dentro de unas pautas de objetividad y rigor que permita a los grupos y élites empeñadas en sostener el estado nacional, articular su discurso político fundamentado en el pasado nacional. No es ninguna casualidad que



Cánovas del Castillo o el Marqués de Pidal sean políticos de primera fila, ni que buena parte de los políticos de cierto relumbré de estos años escriban libros o opusculos de historia...

Modesto Lafuente, en su monumental historia de España, había prestado una atención muy especial a este rey, deteniéndose con singular interés en los aspectos más escabrosos de su personalidad. La muerte de D. Carlos o el asesinato de Escobedo, proceso de Antonio Pérez, sucesos de Aragón etc, habían atraído su preocupación, utilizando para ello fuentes que sin ser tan monográficas y abundantes como las del Marqués de Pidal, Gachard etc, sí eran de notable importancia. A pesar de que Felipe II no merece precisamente la admiración de Lafuente, sí le parece de gran importancia afrontar con rigor el caso de D. Carlos. Para su análisis utiliza crónicas, como las de Salazar de Mendoza, Cabrera de Córdoba, Lorenzo Vander Hamen y León, los codicilos del testamento de Felipe II conservados en Simancas y otra valiosa documentación de este archivo. Así, por ejemplo, ofrece documentación de primera mano sobre la correspondencia de D. Carlos y el príncipe Felipe en que pone de manifiesto la conducta desordenada y las dificultades de aprendizaje de D. Carlos. Lafuente, con anterioridad a Gachard, ofreció una información bastante detallada de la prisión y muerte de D. Carlos. En ella, el desarrollo de los acontecimientos ya presenta un seguimiento bastante riguroso, que luego Gachard ampliará y matizará con una documentación más completa. No obstante, M. Lafuente, cumpliendo en buena medida las funciones que corresponderían a un biógrafo, como el mismo señala, proporciona una construcción de notable de estos acontecimientos<sup>(33)</sup>. En general, M. Lafuente da una visión política de conjunto del reinado de Felipe II bastante completa que, se citase o no, fue muy utilizada en la segunda mitad del siglo XIX, así como su análisis de la personalidad del Rey Prudente<sup>(34)</sup>.

### C. LENGUA E IMPERIO. LA DEFENSA DEL DOMINIO DE FELIPE II EN EL MUNDO

En 1867 Manuel Cañete, miembro de la Real Academia, destacado crítico literario, publicó un discurso pronunciado en esta Academia en el que hacía una clara apología de Felipe II<sup>(35)</sup>. Cañete era un especialista en debates literarios e históricos en los que habitualmente, sostenía las posiciones más conservadoras sin llegar al integrismo estricto. Persona muy ligada a Ventura de la Vega, estaba enfrentado a Zorrilla y a otros autores liberales<sup>(36)</sup>. Menéndez Pelayo le consideró la persona más capacitada para escribir una historia del arte dramático en España con anterioridad a Lópe de Vega<sup>(37)</sup>, aunque en estos años ya se le puede considerar bastante pasado de moda y su imagen adusta comenzaba a ser ridiculizada. En efecto, Cañete tiene una considerable obra dedicada al estudio del teatro y al drama religioso. Esta es su especialidad y, en realidad, cuando hable del reinado de Felipe II y el apogeo de la lengua castellana, está realizando un análisis más sobre la cultura de aquel período que sobre aspectos historiográficos de los que es poco experto.

Para Cañete, el estudio del drama religioso es esencial para conocer “el ingenio nacional”. teniendo en cuenta que “el teatro ha nacido y se ha desarrollado en el seno

de la religión”<sup>(38)</sup>, porque ésta es el manantial del que fluyen las más puras delicias del alma. Siguiendo las pautas románticas tradicionalistas establecidas por Böhl von Faber<sup>(39)</sup> a principios del siglo, que fueron ampliamente desarrolladas por una importante corriente del romanticismo español, Cañete defiende la peculiaridad y la gran valía del teatro nacional frente a las convenciones clásicas. Además, entiende que en el desprecio que ha sufrido, también ha actuado un “cierto espíritu filosófico adverso al catolicismo que en el siglo pasado se infiltró, digámoslo así, hasta en muchos escritores católicos y para el cual la belleza de nuestro drama religioso es una belleza salvaje tocada de fanatismo brutal”<sup>(40)</sup>. Los críticos literarios españoles no han sabido apreciar el valor de lo propio y lo han tenido que descubrir autores alemanes y algunos franceses para que ahora comience a ser valorado.

Habiendo nacido el teatro moderno del seno de la religión durante la Edad Media<sup>(41)</sup> y siendo aquel la expresión del ingenio nacional, son los autores modernos los que no alcanzan a entender el carácter de los españoles durante los siglos XV y XVI, son ellos los que con su rechazo se colocan en posiciones antinacionales. El teatro es “la cultura popular” de aquella época<sup>(42)</sup>. Son incorrectas las afirmaciones de Martínez de la Rosa al señalar que la represión inquisitorial acabó con el teatro español en el período que media entre 1520 y 1550. Según el análisis de Cañete, durante estos años hay al menos treinta y ocho autores que desconoce Martínez de la Rosa. “No hay para que exponer aquí lo que era la Inquisición ni hasta que punto se la deba considerar como perseguidora del teatro. En este particular, de igual modo que en otros muchos, la verdad histórica suele estar reñida con las historias novelescas que escriben los enemigos de toda autoridad, los cuales se aprovechan de ese medio con actividad diabólica para difundir mentiras y hacer odioso u abominable cuanto se halla en discordia con sus opiniones”<sup>(43)</sup>.

Evidentemente, Cañete partía de la clara conciencia que los hombres del siglo XIX tenían sobre la importancia de la historia. Parafraseando a Schiller, afirmaba que la historia es el trabajo del mundo y precisamente por ello, pretendía apartarse de las “enconadas luchas de partidos políticos militantes, alejado para siempre del vergonzoso pugilato de ambiciones bastardas que menguan y esterilizan las fuerzas de nuestra nación”, especialmente activos en lo que se refiere al análisis de Felipe II. En su discurso, según Cañete, tan sólo tendrán cabida “las verdades comprobadas”<sup>(44)</sup>. En este lenguaje ampuloso, el autor se está haciendo eco de la politización que adquirió el análisis del período moderno, especialmente Felipe II y la Inquisición, en el debate intelectual y político de aquellos años.

A pesar de sus declaraciones de objetividad y situarse al margen del partidismo, no cuesta entender el discurso de Cañete en los últimos meses del reinado de Isabel II como una auténtica defensa de la Monarquía isabelina a través de la figura de Felipe II “de quien entonces dimanaba todo y que por la fuerza y la concentración del poder era el responsable de los aciertos o errores en la gobernación de los pueblos y el engrandecimiento de la nación”<sup>(45)</sup>. La Monarquía y la personalidad del monarca, se convierten en el centro del gobierno de cuya acción depende el bienestar del reino. Gracias a Felipe II España consiguió una gran influencia sobre los otros tronos europeos y consiguió que todo el continente mirase con admiración a la nación española. Las dotes de un rey,

según Cañete, son fundamentales para evitar la decadencia de una nación, tal y como demuestra el influjo de Napoleón I que impidió la decadencia de Francia tras la Revolución.

Cañete sostendrá que la lengua castellana fue compañera del imperio y por ello su apogeo no llegó hasta el momento de mayor influencia política, que naturalmente se produjo durante el reinado de Felipe II. Citando profusamente la obra de Gachard, Möuy, Mignet y Pidal, entre otros historiadores de probado rigor, Cañete levanta una imagen del rey directamente enfrentada a los aspectos más difundidos de la leyenda antifilipina. Citando a Pidal señala que el Rey Prudente no abolió los fueros del reino de Aragón tras los sucesos de Antonio Pérez. Del mismo modo, afirma, tampoco se puede culpar al rey de la muerte de su hijo D. Carlos. A este aspecto dedica una singular atención haciéndose eco de las obras de Gachard y Möuy. Es en este punto en el que cita en una nota a pie de página el “oposculejo” *El príncipe D. Carlos, conforme a los documentos de Simancas* de Cayetano Manrique “en el cual no hay más documento de Simancas que una carta sin fecha que se dice de D. Carlos y que no habla mucho en favor del buen discurso del Príncipe, se le pinta de un modo contrario a lo que pudiera deducirse lógicamente de la carta misma, tachando su muerte de asesinato y suponiendo que Felipe II se puso manto religioso para matar a D. Carlos”. Frente a lo que afirma C. Manrique, M. Cañete apoyándose en la autoridad de Möuy o Gachard, señala que la Inquisición no tuvo nada que ver en la prisión y muerte del príncipe<sup>(46)</sup>. No obstante, reconoce que Felipe II cometió excesos e, incluso, encargo de forma más o menos explícita algún asesinato, sin embargo, esto era la moneda común en la época. Puede repugnar la conciencia actual, pero cualquier historiador debe ser consciente que no se pueden juzgar los tiempos pasados con los criterios del presente. Esta diferenciación de períodos será el argumento constante con el que los historiadores y publicistas conservadores, responderán las acusaciones de los autores liberales más radicales. Siendo las “atrocidades” de Felipe II comunes a cualquier rey de la época, no se le puede censurar en mayor grado que a otros monarcas contemporáneos.

Significativamente, la investigación historiográfica sobre Felipe II, iba desmontando paso a paso las grandes acusaciones que sus enemigos habían levantado durante su reinado. La obra de Gachard dedicada a los sucesos que giraron en torno a la muerte de D. Carlos, resulta modélica al respecto, como en otro terreno lo eran los tomos del Marqués de Pidal. Poco a poco se disolvía la leyenda para dar lugar a un análisis más informado y riguroso. No obstante, este desmontaje de la leyenda tenía una posible lectura política que Cañete realizó de forma hartó interesada, pero con notable acierto. Utilizando solamente bibliografía y desde una perspectiva más centrada en la literatura y la lengua, logró integrar las nuevas aportaciones historiográficas dentro de la visión apologética de Felipe II. Ante la demolición de las falsedades de la leyenda contra el rey, Cañete, como en los años siguientes harán el grueso de las corrientes más conservadoras, manipuló las cosas para intentar dar por validas historiográficamente las tesis tradicionalistas sobre la personalidad del rey. Este esfuerzo en defensa de Felipe II y la institución monárquica, resultaba oportunamente aprovechable en apoyo de Isabel II. No es extraño que sus valoraciones al hilo de un análisis del desarrollo de la lengua, tuviesen una respuesta inmediata.

## D. MANRIQUE Y LA DE LA LEYENDA ANTIFILIPINA

En realidad, la crítica dirigida a Manrique era bastante marginal dentro del texto, pero tuvo consecuencias. Rapidamente, Cayetano Manrique publicaba en *El Imparcial* en el otoño de ese mismo año una serie de artículos rebatiendo las tesis de Cañete. Posteriormente recopilaría estos artículos en un libro titulado *Apuntes para la vida de Felipe II y para la historia del Santo Oficio*<sup>(47)</sup>. En él se incluye también la polémica que mantuvo con Adolfo Llanos y Alcaráz cuando este acudió, desde las páginas de *La España*, en defensa de M. Cañete y Felipe II frente a los artículos de C. Manrique. Es ésta última una polémica que le permite mantener vivo el debate durante un tiempo más prolongado limitándose a reiterar argumentos. Es decir, en el mismo libro se compendian dos debates con dos autores distintos sobre el mismo argumento. Y, según Manrique, él contesto a estos dos autores, pero en la polémica participaron bastante más en diversos sentidos. Desde luego a la vista de la extensión en el tiempo y distintos periódicos parece que esta polémica tuvo una notable repercusión y seguramente se convirtió en una de las más destacadas de estos meses cruciales. En el mismo libro y aparentemente al margen del desarrollo directo del debate, Manrique añade un capítulo sobre “El Santo Oficio. Instalación. procedimientos. Causas celebres”<sup>(48)</sup>, que parece anunciar el gran debate que sobre esta cuestión se desarrollará en 1876. Con todo, lo más interesante para este estudio es la refutación a M. Cañete con la que se abre el libro calificándole como un “católico, apostólico, romano”<sup>(49)</sup>.

Sorprendentemente, al consultar su corta obra anterior, *El príncipe D. Carlos conforme a los documentos de Simancas*<sup>(50)</sup>, lo que se puede percibir es un análisis notablemente más ponderado sobre la figura del rey de la que mantendrá en la contestación a Cañete. Mientras en el “oposculejo” mantendrá una posición sobre Felipe II y el asunto de D. Carlos muy próxima a Modesto Lafuente, al que citará frecuentemente, en el segundo libro, cuando la situación política se encontraba notablemente más deteriorada, radicaliza perceptiblemente sus posiciones y formula una crítica contra el rey muy cercana a la más agria leyenda antifilipina. Posiblemente, en los meses en los que fue publicado en la prensa, los artículos de Manrique pasasen por un simple libelo antimonárquico, aunque en realidad no lo sean tanto. Efectivamente, Cayetano Manrique era un autor con dos vertientes tan diferenciadas como estrechamente ligadas que se pueden apreciar claramente en sus publicaciones de 1868. Mientras da a la luz su recopilación de artículos sobre Felipe II, también publica junto a Amalio Marichalar, Marqués de Montesa, un libro importante y bastante riguroso *Historia de los fueros de Alava, Vizcaya, Guipuzcua, Alava*<sup>(51)</sup>. Liberal moderado durante los años precedentes a La Gloriosa, se distinguió por su crítica al carlismo y los derechos de su pretendiente<sup>(52)</sup>.

### a. La muerte de D. Carlos y la “ciencia histórica”

Uno de los principales motivos del debate con Cañete era, evidentemente, la relación entre Felipe II y su hijo. Significativamente, mientras M. Cañete en su valoración de Felipe II puede recoger las aportaciones de la historiografía reciente, como Prescott, Gachard, Mouly, etc, Manrique mantiene la posición tradicional de Schiller, Cesar Cantu o Quintana. Es más, critica a Cañete porque su talento literario nunca estará a la

altura de estos autores a los que, incluso, prefiere acompañar aunque se equivoquen<sup>(53)</sup>. Para el Manrique publicista, diga lo que diga, literatura e historia no son dos cuestiones separadas.

Recogiendo un “código” de Simancas, que contiene distintos escritos, uno titulado “Vida y muerte del príncipe D. Carlos, por el abad de S. Real”; junto a varias obras de Antonio Pérez, crítica a M. Cañete y a los historiadores antes citados que no han podido consultar este “código”. Gracias a él puede volver a repetir las viejas historias sobre Felipe II y sus celos con su esposa, Isabel de Valois, a la que se sospecha enamorada del príncipe Carlos, con el que en un principio se debía haber casado, como el príncipe fue ahorcado en secreto etc.<sup>(54)</sup>. Sus afirmaciones son en muchos casos tan viejas como sus fuentes de información. Recurre a antiguos libelos antifilipinos sobradamente conocidos como la obra de Antonio Pérez o el texto del abad de S. Real que, según Manrique, “Estas no son calumnias y declamaciones de los protestantes enemigos de Felipe II, sino testimonios auténticos”<sup>(55)</sup>. Evidentemente, en aquellos años ya no se podía lanzar afirmaciones históricas sin plantearse una argumentación en torno a las fuentes y la verificación de las afirmaciones y Manrique elaborará una detallada argumentación al respecto.

La reconstrucción del apresamiento, “proceso” y “asesinato” de D. Carlos son los puntos por los que abrirá su serie de artículos, a través de los que intenta demostrar la verdadera personalidad del rey. En ellos recurrirá a todo tipo de argumentaciones para demostrar la veracidad superioridad de las fuentes que utiliza frente a otros autores. Es decir, en los artículos dedicados a estos sucesos es en donde se puede encontrar sus reflexiones sobre la documentación, la historiografía etc. La veracidad de tal o cual documento u autor, se convierte en una pieza clave dentro de su interpretación política y, por tanto, lleva a cabo una crítica textual entrando sin reparos en debate con Cañete, Gachard y otros autores. A través de la crónica “Vida y muerte del Príncipe D. Carlos”, que “ha encontrado”, lleva a cabo toda una valoración de su concepción de las fuentes y los archivos “En el archivo de Simancas sólo se ha guardado y guardan documentos oficiales o procedentes de agentes oficiales”. Aquí Felipe II formó un depósito de papeles reservados, como el que ha descubierto, lo que le proporciona un “carácter de autenticidad”<sup>(56)</sup>. Una afirmación que no dejará de criticar Llanos y Alcaraz.

No obstante, según Manrique, Felipe II destruyó buena parte de los documentos comprometedores. Este es un argumento muy frecuente entre los publicistas para justificar la ausencia de pruebas que confirmen sus afirmaciones. Bien el rey o bien una mano malévola ha destruido toda huella o papel para que no quede constancia de sus crímenes. “Felipe II todo lo quemaba; era tan aficionado al fuego como Carrier al agua”<sup>(57)</sup>.

La cuestión es saber si tal documento está autenticado por el archivero Ayala, como él pretende, o no. Uno de los principales argumentos de Manrique es contundente “yo he oído a persona muy conocedora de aquel archivo y ligada en parentesco con otra que tenía más títulos que nadie para conocerle, que la nota era de puño y letra de Ayala”<sup>(58)</sup>. Evidentemente, Manrique sabe de la importancia de la crítica textual, pero la forma de realizarlas constituye una cruda manifestación de su ignorancia al respecto. Su carácter de papeles antiguos, reforzados por el hecho de provenir de un archivo de

la Monarquía, el grosor del papel “porque cuanto más grueso sea el papel, más antiguo”<sup>(59)</sup>, etc, suponen la garantía suficiente para garantizar su autenticidad.

Por supuesto, siguiendo Antonio Pérez no tiene empacho en afirmar que la Inquisición procedió contra D. Carlos y en considerar esta afirmación una novedad en el debate sobre el particular. Son estas certezas las que le permiten escribir “El Señor Cañete invoca al anglo-americano Prescott, al flamenco Gachard y al francés Möuy: no niego a estos señores extranjeros el mérito de sus investigaciones y trabajos; pero como no han tenido a la vista la nota del archivero Ayala (aunque alguno la siguió la pista sin encontrarla), ni menos los manuscritos de Antonio Pérez y el abad de San Real, permítame desconozca su autoridad en vista de documentos que ellos no tuvieron presentes”<sup>(60)</sup>. Pero no sólo la documentación es importante, tal y como dice respecto a Pidal, se trata de un buen historiador que ha utilizado documentación de gran calidad, pero “ha incurrido en muchos y gravísimos errores de doctrina”<sup>(61)</sup>.

En su intento de ofrecer su visión del rey no duda en citar a diversos autores, sin señalar el título o página, aunque como sucede con el caso de Gachard<sup>(62)</sup>, algunas de sus citas resultan francamente sospechosas y produzcan la sensación de ser apócrifas. Evidentemente, la interpretación de Manrique es completamente distinta a la que ofrece Gachard. Su filosofía de la historia está claramente emparentada con la utilizada por los primeros liberales y por un tipo de romanticismo antiabsolutista. Schiller y su *Don Carlos*, serían seguramente el mejor modelo de inspiración de Manrique. No es extraño que no pueda integrar ninguna de las aportaciones de cuanto está produciendo la historiografía por aquellos años, incluso, es dudoso que haya leído atentamente la obra de Gachard, Möuy o Pidal. Aunque cite frecuentemente a Modesto Lafuente, tampoco parece que haya sabido recoger sus aportaciones. Sin duda, es al que mejor conoce y sobradamente sabe que es el más leído por los lectores de sus artículos, no obstante, no manifiesta mayor atención o respeto a la hora de manipular sus afirmaciones.

Para Manrique lo importante es la defensa de su interpretación sobre Felipe II, que es la bandera de toda una interpretación de la historia nacional. Por mucho que intente dar verosimilitud a su relato y a su reconstrucción de la muerte del príncipe Carlos, el funcionamiento de las Cortes de Castilla, etc, no deja de actuar con arreglo a los criterios de un panfletista carente de rigor recurriendo a las tendencias folletinescas al uso en la época. Habla de las dos mil doncellas apresadas por los piratas berberiscos ante la pasividad del rey, de los tiernos amores entre el príncipe D. Carlos e Isabel de Valois etc. Todo vale para demostrar que sí algo distingue a Felipe II es su completa bajeza moral demostrada en su forma de tratar a su propio padre en Yuste<sup>(63)</sup>, a todos sus familiares y especialmente en el asesinato de D. Carlos. “Si se tratase de un hombre honrado, virtuoso y noble, podría dificultarse la convicción del asesinato, pero tratándose de un mal hijo, mal padre y peor esposo; de un tirano y verdugo de sus súbditos, la convicción se afirma. Felipe II al matar a su hijo estuvo en su carácter”<sup>(64)</sup>. Por todo ello, este rey es una de las figuras más sombrías de la historia. Recurre a fintas metodológicas y contrastes documentales que ha visto en las novedades historiográficas y que, seguramente ha utilizado en otras obras con bastante más rigor, pero con ello está enmascarando su parcialidad y desprecio a los cánones de la nueva “ciencia histórica”

### ***b. Felipe II, catolicismo y decadencia nacional.***

Desde las primeras páginas deja asentada su negativa visión de la dinastía austriaca, siempre considerada como extranjera y enemiga de los intereses nacionales. Carlos V y el despilfarro que supuso el meter a España en conflictos internacionales, provocó muchos males, pero al menos hubo gloria. Con Felipe II se acabaron los tiempos de brillo “las efímeras glorias de este reinado no compensan ni en la más mínima parte los desastres políticos exteriores, ni la cancerosa decadencia interior. La estéril victoria de Lepanto ¿compensó la pérdida de la Invencible que aniquiló nuestro poder marítimo?. El triunfo de San Quintín ¿compensó los sacrificios enormes y completamente infructuosos que a la nación impuso el rey para sostener la Liga?. La conquista de Portugal, que a los pocos años perdimos, ¿compensó la pérdida de los Estados de Holanda y Flándes donde quedaron sepultados nuestros tesoros, y lo que peor es, nuestros mejores tercios?. ¿Cómo se compensó la pérdida durante este reinado de nuestras mejores posiciones de Africa?. Preciso es tener en muy poco a los españoles y una idea muy lamentable de su inteligencia, cuando se nos ensalza un rey cuyo gobierno personal tantas y tamañas desgracias causa a la patria”<sup>(65)</sup>.

Lo más significativo de la serie de artículos de Manrique no sólo es la actualización de la rancia leyenda antifilipina, sino la concrección de su mensaje a las condiciones de crítica a Isabel II. Sólo así se puede entender la importancia que concede a la figura del rey, su inmoralidad, etc. A través de este repaso por las distintas facetas del reinado de Felipe II se puede definir el concepto de tiranía en el sentido más adecuado a las circunstancias políticas que se estaban viviendo bajo Isabel II. Efectivamente continuaba con algunos de los elementos propios del período moderno, pero sobre todo ponía más énfasis en el despilfarro del presupuesto, en su desprecio por lo que dicen las Cortes, el estrangulamiento de la libertad etc. Todo un conjunto de anacronismos entre los que destacan la falta de “libertad”, la perversidad del tirano y el desprecio por sus subditos.

C. Manrique, a pesar de las apariencias, no es un autor radical y antimonárquico. Es más, se preocupa de aclarar las cosas al respecto, aunque dedique a ello poca atención. No todos los reyes tuvieron, en su opinión, tan nefasto papel. El caso de los borbones es el contrapunto y Carlos III el contramodelo de Felipe II<sup>(66)</sup>. Aquellos, a pesar también de su condición extranjera se preocuparon de la nación y permitieron que iniciara una lenta recuperación. En realidad, su reivindicación de los borbones está dirigida contra la “secta austriaca”<sup>(67)</sup>, encabezada por los sectores más conservadores. Ni los autores liberales más radicales, próximos al republicanismo, escapan a esta identificación histórica: con los austrias, los integristas y las corrientes más conservadoras; y con los borbones, los liberales, republicanos etc.

Manrique tiene interés en demostrar sus aseveraciones sobre la situación de la “nación” y nada mejor que traer a colación las declaraciones de Cortes de Castilla, porque para él España está inequívocamente identificada con Castilla. Es cierto que menciona a otros reinos, pero son meras referencias geográficas dentro de un mismo sistema político. De las Cortes habla bastante, especialmente en la respuesta a Llanos y Alcaraz, porque identificándolas con el órgano de representación nacional del liberalismo, se convierten en la expresión del sentir de la nación. Sus quejas en cuestiones fiscales, en sus declaraciones sobre la pobreza del reino etc, se convierten en la pluma

de Manrique en la verdad misma. Así en la “legislatura” de 1563, las Cortes ya daban cuenta al rey de la situación de extrema pobreza del reino. Esta será la constante manifestación de los representantes de la nación, que en algunos momentos se negarán a conceder los servicios pedidos por el rey y si votaron otros fue por la corrupción de los procuradores que se dejaban comprar por las mercedes reales.

La situación de miseria del reino se vio agravada por las licencias del rey para que extranjeros sacasen el oro y la plata que venía de América. Al contrario de los tiempos de esplendor y gloria del imperio de los que habla Cañete, Manrique afirma sin contemplaciones que “nunca nuestra patria fue más pobre, miserable y desgraciada en el interior, ni sufrió más afrentas, ignominia y desastres en el exterior”<sup>(68)</sup>. Por todos los medios, intenta presentar el reinado de Felipe II como el período más negro y desolador de la historia nacional, despojarle de toda la gloria con que le pintaban las corrientes conservadoras. Por supuesto, en este marco de miseria y desastre no se produjo ni el apogeo del imperio ni de su “compañera” la lengua castellana. Si hubo brillantes intelectuales fue a pesar de Felipe II, no por su apoyo como afirmaba Cañete. “Cuando ni las instituciones ni los hombres gozan de libertad; cuando la intolerancia impide no sólo la verdad, sino el gemido de la víctima; cuando dominando la tiranía nadie puede escribir ni hablar contra el tirano; cuando reinando la hipocresía es imposible censurar al hipócrita, sólo se encuentran escritores venales, esclavos o cobardes, que erigen el crimen en virtud, la miseria en prosperidad, la tiranía en gobierno patriarcal y la hipocresía en convicción. Esto sucedió en la época de Felipe II”<sup>(69)</sup>.

Llama la atención la “generalizada infracción de la santidad del juramento, con la época que llaman religiosa de Felipe II”<sup>(70)</sup>. No contento con aumentar los impuestos, también recurrió a “vender nobleza a todo el que quería comprarla y enajenar por cantidades insignificantes la jurisdicción real y hasta el mero y mixto imperio” en una medida que nunca había hecho ningún rey<sup>(71)</sup>. El catolicismo es una esencia consustancial a la nación española reafirmada en los siglos de la Reconquista. Nada aportaron a esta esencia unos monarcas extranjeros. “Carlos V vio, porque sería necesaria mucha ceguedad para no ver, que el catolicismo era la idea dominante en España; que por ella se había salvado del yuyo musulman y que con ella se podría conquistar el mundo; lo aceptó como medio, porque aunque no lo hubiese hecho, el criterio social le habría obligado a ello o le habría derribado del trono”<sup>(72)</sup>. Siguiendo la interpretación de otros autores liberales, Manrique claramente señala que los Austrias, empezando por Carlos V, no fueron auténticos católicos, sino absolutistas que utilizaron la religión en función de la razón de Estado en el sentido maquiaveliano.

Carlos V, según Manrique, comenzó su reinado con una guerra de increíble saña contra el Papa que concluyó con el Saco de Roma. Jamas como durante el gobierno de los Austrias fueron más tensas las relaciones entre la Monarquía española y el papado. El reinado de Felipe II fue el más conflictivo, porque él “ni era fanático ni creyente, sino que usó y abusó de la religión como ariete político para realizar el sueño de monarquía universal en que su padre había fracasado al intentar realizarle por medio de la fuerza. La zorra quería sustituir al león”<sup>(73)</sup>. Sus resistencias a obedecer las censuras papales no pueden ser calificadas de otra forma que como heréticas. Reunió juntas de teólogos para burlar las disposiciones del Concilio, del Papa y disculpar sus crímenes.



Su comportamiento con la Santa Sede tan sólo obedeció a la “soberbia y la codicia”<sup>74</sup> y fue muy negativo para la evolución del catolicismo.

Sí Felipe II logró mantener la unidad religiosa se debió a su utilización del Santo Oficio como instrumento político con arreglo a su voluntad. La descripción de como fue utilizado es muy clara “El escritor que se permitía hacer la menor observación política, aun proponiendo mejoras al sistema despótico del monarca, era perseguido sin tregua”<sup>75</sup>. Evidentemente, la influencia de la Inquisición fue nefasta, pero lo peor es que, según su opinión, las cosas todavía no han cambiado mucho en su presente “aun es preciso defenderse en España de tan inicua y anticristiana institución”<sup>76</sup>. Su análisis de la Inquisición está impregnado de este punto de partida. En realidad cuando habla de ella parece que está denunciando las restricciones a la libertad de su presente histórico. No ahorra un detallado repaso por los horrores de sus procedimientos, la personalidad de sus servidores etc, pero le interesa singularmente destacar la represión sobre los intelectuales durante el reinado de Felipe II. Allí aparecen Santa Teresa y sus problemas con el Santo Oficio, el arzobispo Carranza, Fray Luis de León etc. Toda una generación de intelectuales que fue segada y que explica porque en España no se escribió ninguna “obra clásica” sobre “filosofía, química, medicina, matemáticas, astronomía y demás ciencias que los árabes habían cultivado y de que tan preciosos restos quedaban en nuestra patria”<sup>77</sup>. Es más, se prohibió leer todo libro que tratase estos temas. Esta persecución, junto a una represión general contra la libertad, terminaron por ahogar la creatividad, provocando la decadencia nacional.

Se puede considerar en buena medida que el debate que se desarrolló en 1867 entre M. Cañete y C. Manrique, constituye el pistoletazo de salida de lo que van a ser los grandes debates históricos en las dos décadas siguientes sobre los aspectos que tienen que ver con el la afirmación o refutación de la esencia católica de la nación y la decadencia. Es cierto que con anterioridad se habían desarrollado debates similares, pero su audiencia y seguimiento fueron bastante menores. Evidentemente, el planteamiento de esta polémica va a estar condicionado por la crisis política del último año del reinado de Isabel II y el apoyo o crítica a su monarquía. En este sentido, tiene notables diferencias con el que se desarrollará en 1876 o en años siguientes, pero ya presenta los grandes temas que se desarrollarán posteriormente. Felipe II, la Inquisición, la existencia o no de ciencia en España etc, adquieren todo el protagonismo, convirtiéndose en las grandes estrellas del debate histórico en el período en torno a España y el catolicismo.

A través de la polémica entre Cañete y Manrique, personajes de cierto relieve, se aprecian las diversas formas en que los intelectuales de distintas posiciones políticas van a integrar y reinterpretar las importantes aportaciones historiográficas que se están llevando a cabo. Lo cierto es que éstas van a ser adaptadas sin apenas enriquecer los discursos político-históricos. Teniendo en cuenta que Felipe II es uno de los principales emblemas de la identidad nacional, es importante constatar la incapacidad de los autores analizados para dar lugar a un discurso más complejo e historiográficamente más fundamentado. Las circunstancias políticas permiten las más burdas manipulaciones de los desarrollos historiográficos. En gran medida, ésta sería una de las características comunes del publicismo histórico del último tercio del siglo XIX. En un caso se

reivindicaba el carácter justo y católico de los monarcas y sus instituciones, mientras en el otro se describían todo tipo de truculencias para llegar a la conclusión de su naturaleza tiránica y anticatólica.

Conviene matizar, no obstante, que mientras los sectores conservadores ajenos al integrismo, más o menos situados en posiciones afines a M. Cañete, tendrán capacidad para integrar las aportaciones y los nuevos métodos para dar lugar a una producción historiográfica, será más difícil que este mismo proceso se de entre sectores intelectuales con posiciones liberales más radicales, anticlericales, republicanos etc. Mientras los primeros establecen una rigurosa diferenciación entre el tiempo presente y el pasado para justificar los excesos de sus reyes héroes, los segundos continúan anclados en el más completo presentismo que les permitía cualquier juicio moral o político, pero les impedía hacer un análisis historiográfico. La recuperación por parte de Manrique de la más rancia leyenda antifilipina pretendiendo presentarla como novedad historiográfica, resulta bastante elocuente al respecto. En este fenómeno intervienen otros factores de tanto y mayor peso, como lo que será la consagración del sistema político de la Restauración, la evolución de la Real Academia de la Historia consolidando una historiografía oficial de tintes conservadores etc, pero conviene tener en cuenta la dificultad de ciertas posiciones políticas para abordar historiográficamente los emblemas históricos. Creo que éste es uno de los elementos que permite entender la razón por la que apenas hay una producción de cierta entidad intelectual sobre Felipe II, la Inquisición etc, que no sea de índole más o menos conservadora.

## NOTAS

- <sup>(1)</sup> *Apuntes para la vida de Felipe II y para la historia del Santo Oficio*, (Colección de artículos publicados en *El Imparcial*), Madrid, Imprenta de los Señores Gasset, Loma y Comp., 1868.
- <sup>(2)</sup> ¿Por qué no llegó a su apogeo el idioma castellano hasta la mitad de la segunda mitad del siglo XVI?. *Discurso escrito por D. Manuel Cañete individuo del número de la Real Academia Española leído ante dicha corporación en la sesión publica inaugural de 1867*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeniera, 1867.
- <sup>(3)</sup> Malaga, Algazara, 1992, p. 108 y 124.
- <sup>(4)</sup> Fox, I. *La invención de España*, Madrid, Catedra, 1997, pp. 27ss.
- <sup>(5)</sup> CAMPOMAR FORNIELES, M.M. *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los heterodoxos españoles*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1984; PASAMAR ALZURÍA, G. "La configuración de la imagen de la 'Decadencia española' en los siglos XIX y XX (de la historia filosófica a la historiografía profesional)", *Manuscripts*, nº 11 (1993), pp. 181-214; GARCÍA CÁRCEL, R. *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 171ss.
- <sup>(6)</sup> Aunque ni mucho menos completa, resulta de gran interés la bibliografía que proporciona G. Marañón en su clásico *Antonio Pérez*, Madrid, Espasa, 1998.
- <sup>(7)</sup> TESSITORE, F. *Introduzione a lo storicismo*, Roma-Bari, Laterza, 1996; VOGT, J. *El concepto de historia de Ranke a Toynbee*, Madrid, Guadarrama, 1974; IGGERS, G; POWEL, J.M. *Leopold Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, New York, Syracuse U.P., 1990.
- <sup>(8)</sup> Sobre el aprendizaje de la metodología de la historia entre los académicos de la historia y en la historiografía española en general, vid. PASAMAR ALZURÍA, G. "La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX", *Historia Contemporánea*, nº 11, 1994, pp. 183-213; PEIRÓ MARTÍN, I. "La historia académica en la Historia del siglo XIX", *Memoria y Civilización*, nº 1 (1998), pp. 165-196.
- <sup>(9)</sup> Hay traducción española de A. Escarpizo que añade un interesante prólogo. Barcelona, Editorial Lorenzana, 1963. La edición original es de 1863.
- <sup>(10)</sup> *Don Carlos et Phillipp II*, París, Librerie Academique, 1862.
- <sup>(11)</sup> LÓPEZ VELA, R. "Integrismo y menendezpelayismo en la historiografía de la Restauración. Cappa y la historia de la Inquisición", en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P; MARTÍNEZ MILLÁN, J.; PINTO CRESPO, V. *Política, religión e Inquisición en la España Moderna*, Madrid, U. Autónoma de Madrid, 1996, pp. 409-444.
- <sup>(12)</sup> SANTOVEÑA SETIÉN, A. *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador Católico*, Santander, Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria, 1994, pp. 119ss.
- <sup>(13)</sup> KAGAN, R. "El paradigma de Prescott: la historiografía norteamericana y la decadencia de España", *Manuscripts*, nº 16 (1998) pp. 229-253.
- <sup>(14)</sup> CIRUJANO MARÍN, P; ELORRIAGA PLANES, T.; PÉREZ GARZÓN, J.S. *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, C.S.I.C., 1985; PEIRÓ MARTÍN, I.; PASAMAR ALZURÍA, G. *La Escuela Superior de la Diplomática. (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, Anabad, 1996; PEIRÓ MARTÍN, I. *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza 1995.

- <sup>(15)</sup> Antonio Pérez, *secretario de Felipe II. Estudios históricos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico, 1841.
- <sup>(16)</sup> *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, 3 vols, Madrid, Martín Alegría, 1862.
- <sup>(17)</sup> Madrid, Imprenta de D. Agustín Espinosa y Compañía, 1845.
- <sup>(18)</sup> *Apuntes para la vida*, op. cit. p. 30.
- <sup>(19)</sup> ALSINA ROCA, J.M. *El tradicionalismo filosófico en España. Su génesis en la generación romántica catalana*, Barcelona, Promociones Publicaciones Universitarias, 1985; FRADE-RA, J.M. *Jaume Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo Editorial, 1996.
- <sup>(20)</sup> Una visión de estas características se puede encontrar en Fuente, V. de la, *Historia eclesiástica de España*, vols III y IV, Madrid, Librería Religiosa, 1855.
- <sup>(21)</sup> URIGÜEN, B. *Orígenes y evolución de la derecha española: el neocatolicismo*, Madrid, C.S.I.C., 1986; HIBBS-LISSORGUES, S. *Iglesia, prensa y sociedad en España*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Diputación de Alicante, 1995; WILHELMSSEN, A. *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Madrid, Actas, 1995; PAVÓN, J. *España y la cuestión romana*, Madrid 1972.
- <sup>(22)</sup> *Historia General de España*, 29 vols, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850-1866.
- <sup>(23)</sup> *Estudios, históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*, Madrid 1848.
- <sup>(24)</sup> CIRUJANO MARÍN, P.; ELORRIAGA PLANES, T.; PÉREZ GARZÓN, J.S. *Historiografía*, op. cit. pp. 94ss.
- <sup>(25)</sup> La posición de Amador de los Ríos al respecto en sus *Estudios*, op. cit. pp 136ss será la que marque la pauta y la que seguirá el mismo Modesto Lafuente. También tendrá gran influencia la obra de PRESCOTT, W.H. *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D<sup>a</sup> Isabel*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca del siglo, 1848.
- <sup>(26)</sup> *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne*, 4 vols, Paris 1818.
- <sup>(27)</sup> *La Inquisición sin mascara*, Cádiz, Imprenta de D. José Niel, 1811.
- <sup>(28)</sup> *Historia General*, op. cit. vol IX, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1852.
- <sup>(29)</sup> El primero que desarrolle esta interpretación será Amador de los Ríos, J. *Estudios*, op. cit. pp. 148ss.
- <sup>(30)</sup> *Correspondencia de D. Cristóbal de Moura*, vol. VI, Madrid 1844; *Memorias de Fray Juan de San Jerónimo*, vol VII; Madrid 1845; *Relación de la enfermedad y muerte del señor D. Juan de Austria*, vol VII, Madrid 1845; *Documentos relativos a Antonio Pérez*, vol XII, Madrid 1848; *Legitimación de Antonio Pérez*, vol XII, Madrid 1848; *Correspondencia de Felipe II con el Duque de Medina Sidonia*, vol. XXVII, Madrid 1855; *Documentos relativos a Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, Princesa de Eboli*, vol. LVI, Madrid 1870.
- <sup>(31)</sup> Entre otros se pueden citar ALBERI, E. *Le relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo XVI*, Florencia 1835; ARGENSOLA, L.L. *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años 1590 y 1591 en que se advierten los yerros de algunos autores*, Madrid 1808; CABRERA DE CÓRDOBA, L. *Historia de Felipe II*, Madrid 1876; COCK, H. *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, Edic. Morel-Fatio, A.; RODRÍGUEZ VILLA, A., Madrid 1876; Cock, H. *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*, Edic. de Morel-Fatio, A.; RODRÍGUEZ VELLA, A. Madrid 1879; Gachard, L.P. *Correspondence de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, 6 vols, Bru-

xelas 1848-1879; LUNA, Conde de. *Comentarios de los sucesos de Aragón en 1591 y 1592*, Madrid 1888; PÉREZ, A. *Las relaciones*, Madrid 1849.

- (32) LÓPEZ-CORDÓN, M.V. *La revolución de 1868 y la I República*, Madrid, Siglo XXI, 1976. Historia de España (Dir. R. Menéndez Pidal y J. M. Jover). *La era isabelina y el sexenio revolucionario (1834-1874)* T. XXXIV (Coord. Jover, J. M.) Madrid 1981.
- (33) *Historia General*, op, cit, vol XIII, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1854, pp. 290-340.
- (34) *Ibid.* vol XV, Madrid Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1855, pp. 111-136.
- (35) *¿Por qué no llegó a su apogeo el idioma castellano hasta la mitad de la segunda mitad del siglo XVI?*. Op. cit.
- (36) RANDOLF, D.A. *Don Manuel Cañete, cronista literario del romanticismo y del postromanticismo en España*, Valencia 1972, p. 9 y 140ss.
- (37) *Ibid.* p. 205.
- (38) *Discurso del drama religioso español antes y después de Lope de Vega*, Madrid 1862.
- (39) FLITTER, D. *Teoría y crítica del romanticismo español*, Cambridge, Univesity Press, 1995, pp. 8ss.
- (40) *Discurso del drama*, op. cit. p. 27.
- (41) CAÑETE, M. “El Maestro Alonso de Torres y Francisco de las Cuebas”, en la recopilación de sus trabajos *Teatro español del siglo XVI. Estudios histórico-literarios*, Madrid 1885, p. 309.
- (42) *Ibid.* p. 333.
- (43) *Ibid.* p. 317.
- (44) *¿Por qué no llegó*, op. cit. p. 15.
- (45) *Ibid.* p. 18.
- (46) *Ibid.* p. 23.
- (47) Op. cit.
- (48) *Ibid.* pp. 97-133.
- (49) *Ibid.* p. 78.
- (50) Op. cit.
- (51) Madrid 1868.
- (52) *Al contra Misopogón*, Madrid 1869; *Sobre los derechos de las hembras en las sucesiones y principalmente en la del Trono de España*, Madrid 1860.
- (53) *Apuntes para la vida*, op. cit. pp. 8-9.
- (54) *Ibid.* pp. 10ss. Para un tratamiento de estos temas en el siglo XIX vid. García Cárcel, R. *La leyenda*, op. cit. pp. 195-196.
- (55) *Apuntes para la vida*, op. cit. p. 8.
- (56) *Ibid.* pp. 54-55.
- (57) *Ibid.* p. 56.
- (58) *Ibid.* p. 56.
- (59) *Ibid.* p. 57.
- (60) *Ibid.* p. 9.

<sup>(61)</sup> Ibid. p. 29.

<sup>(62)</sup> *Don Carlos y Felipe II*, op. cit.

<sup>(63)</sup> *Apuntes para la vida*, op. cit. p. 22.

<sup>(64)</sup> Ibid. p. 67.

<sup>(65)</sup> Ibid. p. 13.

<sup>(66)</sup> Ibid. p. 30.

<sup>(67)</sup> Ibid. p. 60.

<sup>(68)</sup> Ibid. p. 21.

<sup>(69)</sup> Ibid. p. 13.

<sup>(70)</sup> Ibid. p. 22.

<sup>(71)</sup> Ibid. p. 16.

<sup>(72)</sup> Ibid. p. 80.

<sup>(73)</sup> Ibid. p. 87.

<sup>(74)</sup> Ibid. p. 92.

<sup>(75)</sup> Ibid. p. 77.

<sup>(76)</sup> Ibid. p. 75.

<sup>(77)</sup> Ibid. p. 77.